

tar a la Iglesia y a la verdad, este libro de Josep Amengual tiene el enorme mérito de mostrar una documentación importantísima, que había pasado inadvertida y subrayar que ya un papa del siglo XVIII escribió que Llull era *Sanctus Martyr*. Quiera Dios

que bien pronto un papa del siglo XXI lo inscriba definitivamente con estos calificativos en el Libro de los Santos.

Rafael RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears

Isabel BECEIRO PITA (dir.), *Poder, piedad y devoción. Castilla y su entorno.*

Siglos XII-XV

Silex, Madrid 2014, 451 pp.

Las relaciones entre el poder y la experiencia religiosa es un tema consolidado en la historiografía medieval, y sin embargo son pocas las indagaciones que se han hecho en ámbito hispano. Del poder sabemos mucho gracias al enriquecimiento metodológico de la nueva historia política y a los debates generados sobre el nacimiento del Estado Moderno. Sin embargo, menos sabemos de la piedad y el desarrollo religioso en la península Ibérica durante el período bajomedieval, si exceptuamos las aportaciones de José Sánchez Herrero, Antonio Linaje Conde, Fernando Gómez Redondo o Francisco Javier Fernández Conde. Ensamblar ambos mundos –poder y religión– constituye un desafío salpicado de problemas derivados de las lagunas existentes que, sin embargo, no han arredrado al equipo coordinado por Isabel Beceiro Pita en el proyecto *Legitimación del poder, corrientes religiosas y prácticas de piedad en la Corona de Castilla, siglos XII-XV*. Los doce estudios reunidos en el presente volumen constituyen el resultado final de estas investigaciones, que indagan en la dimensión religiosa y social de las principales entidades político-eclesiásticas: monarquía,

nobleza, órdenes religiosas, alto clero y mundo urbano.

Manuel Alejandro Ruiz de la Peña abre el dossier dedicado a la realeza con el tema que mejor conoce: la condición letrada del soberano, que experimenta un proceso de «clericalización» gracias a la formación de un nuevo grupo de clérigos áulicos durante los reinados de Alfonso VII y Alfonso VIII. Josep T. Snow pasa de lo institucional a lo personal interpretando las *Cantigas de Santa María* como un proyecto personal de Alfonso X que refleja su itinerario político, psicológico y espiritual. En el ámbito de la Corona de Aragón, Francesca Español estudia los tempranos vínculos que unieron a la monarquía con la orden franciscana, con la que compartió el ideal de la vida evangélica, promoviendo empresas artísticas en monasterios y enterramientos desde el reinado de Pedro el Grande.

En Castilla fue la dinastía Trastámara la que, a fines del siglo XIV, apoyó la reforma de las órdenes monásticas para recuperar el favor divino tras la derrota de Aljubarrota (1385), a diferencia de sus rivales portugueses, los Avís, que promocionaron la Observancia para resaltar el carácter pro-

videncial de su acceso al trono. Con esta sugestiva premisa, César Olivera se adentra en la religiosidad caballeresca de Juan I, y en la espiritualidad de las familias portuguesas afincadas en Valladolid y agrupadas en torno al monasterio de San Benito el Real, bajo la influencia de la reina doña Beatriz, la descendiente legítima al trono portugués. El tema se complementa con la aportación de Maria de Lurdes Rosa –excelente conocedora de la religiosidad portuguesa medieval– sobre el ideal de la *fuga mundi*, mediante el ingreso en el claustro o el anacoretismo, que se difundió entre importantes sectores de la nobleza portuguesa en la primera mitad del siglo XV. Gracias a una aquilatada metodología, la autora considera que esta actitud obedecía al deseo de abrazar la familia espiritual y salvar el alma mediante la renuncia al poder y a los lazos biológicos en favor de una mejor distribución del «tesoro de los méritos».

Tres artículos abordan la alianza de las órdenes mendicantes y la alta nobleza castellana durante los siglos XIV y XV. Francisco García-Serrano Nebras, se centra en la figura de don Juan Manuel y su vinculación con los dominicos, mientras Isabel Beceiro Pita trata la intervención mendicante en los rituales funerarios del linaje, la entrada en religión de los segundones y el retiro en monasterios bajo su protección sin abandonar la vida secular. Franciscanos, dominicos y jerónimos servían a cambio como capellanes, confesores o albaces testamentarios en las casas señoriales, facilitando el apoyo de los grandes al sostenimiento, promoción y reforma de sus respectivas órdenes. Máximo Diago Hernando estudia la intervención de la nobleza castellana en la reforma del benedictinismo, tema que conoce gracias a sus estudios sobre monasterios sorianos y riojanos, y que ahora le permiten ofrecer una interesante conclusión:

las interferencias nobiliarias que favorecieron la Observancia en el siglo XV, dieron paso en la centuria siguiente a una acción más política que perseguía preservar el ascendiente del linaje sobre los monasterios, entorpeciendo el proceso de reforma que sus ancestros habían impulsado.

Del alto clero se ocupa Ana Arranz Guzmán, una de las mejores conocedoras de las fuentes eclesiásticas y legislativas bajomedievales. En esta ocasión aborda la preocupación episcopal por preservar la buena fama del clero, de la que dependía su reconocimiento social y debía reflejar el anhelo de purificación espiritual impulsado desde la reforma gregoriana. Marta Cendón Fernández se ocupa de la cultura funeraria de los obispos durante el período Trastámara, indagando en sus devociones personales y santos preferidos que marcan pautas para conocer su espiritualidad. Desde una perspectiva más especulativa, Estrella Ruiz-Gálvez aborda la vivencia de la fe y sus implicaciones en el contexto social del siglo XV, advirtiendo sus conexiones con la opción inmaculista difundida entre los grupos aristocráticos y la devoción eucarística promovida por las grandes damas.

La religiosidad urbana es objeto del documentado trabajo de Bonifacio Bartolomé Herrero sobre la ciudad de Segovia a fines de la Edad Media. El autor destaca la participación de los laicos en cofradías y hospitales que vehiculaban la *charitas* cristiana, sin olvidar las iniciativas de aristócratas como Juan Pacheco, marqués de Villena, o los Arias Dávila, que emprendieron audaces proyectos artísticos ligados a su memoria familiar. Finalmente, Oscar Perea –especializado en el mundo literario y cortesano del siglo XV– ofrece una valiosa contribución a la biografía de Leonor López de Córdoba, privada de la

reina Catalina de Lancaster que unió a su actividad cortesana una vocación literaria y una afinidad por los dominicos reflejada en la capilla erigida en San Pablo de Córdoba.

A la vista de estas notas podemos considerar afortunada la labor emprendida por este equipo de investigadores. Gracias al

vigor de sus trabajos y a la novedad de sus propuestas interpretativas no sólo están desbrozando un campo de estudio poco explorado, sino que están renovando la historiografía del poder gracias a sus conexiones con la esfera religiosa.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA
Universidad de Navarra

Rémi BRAGUE, *En medio de la Edad Media: filosofías medievales en la cristiandad, el judaísmo y el islam*

Encuentro, Madrid 2013, 354 pp.

Rémi Brague, profesor de Filosofía Medieval en la Sorbona (París) y de Historia del Cristianismo Europeo en la Universidad de Múnich, es uno de los mayores especialistas en pensamiento clásico y medieval. Pocos como él para valorar el legado filosófico de Occidente en uno de sus periodos de mayor creatividad: el Medievo, encrucijada de los grandes sistemas de pensamiento modelados por las tres religiones monoteístas que han cimentado la civilización europea (el judaísmo, el cristianismo y el islam). El presente libro reúne una colección de artículos sobre las interacciones y aportaciones de la filosofía de musulmanes, judíos y cristianos en torno a problemas comunes, abordados desde la común herencia greco-latina y la vivencia religiosa respectiva. Una mirada múltiple, por tanto, que ilumina la acuciante y debatida cuestión del diálogo de civilizaciones desde el pasado medieval.

El volumen se abre con un autorretrato del autor en forma de entrevista. Brague se autodefine como un «transfuga» de la filosofía antigua que fue seducido por el pensamiento medieval al encontrar en él una manera de plantear mejor los problemas

de hoy. Tras deconstruir ciertos elementos de la mitología negativa y positiva de este período, muestra la infatigable búsqueda de soluciones que caracterizó el quehacer filosófico de aquellos pensadores que, sin llegar al diálogo de culturas soñado por el hombre moderno, posibilitaron un fecundo intercambio de ideas y argumentos en contextos desiguales. El profesor de la Sorbona recuerda que este esfuerzo fue previo al despertar político y económico de Europa, e hizo posible su emergencia *intelectual* pasando de la situación de «secundariedad» de los siglos altomedievales, a una posición de liderazgo cultural. Recuperando su tesis expuesta en *Europa, la vía romana* (1995), Brague señala que esta madurez intelectual se alcanzó gracias a la acepción de préstamos foráneos –la famosa recuperación de los griegos por la vía indirecta del Islam– y la asunción de un «complejo de inferioridad» que facilitó el sorprendente crecimiento de la ciencia cristiana, advertido por Abraham Abravanel (1437-1508) al reconocer que ésta había superado a la de los hijos de Oriente sin perder la fe en las Escrituras.